

**28 MARZO 2021
DOMINGO DE RAMOS**



Como las lecturas son largas, suprimiré el CONTEXTO. Intentaré incluirlo en el comentario a las lecturas. La lectura de la Pasión es el relato breve que sugiere la liturgia.

1ª LECTURA: ISAÍAS 50, 4-7

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento.

Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados.

El Señor me abrió el oído; y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.

El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Estamos al comienzo del tercer cántico del Siervo: **sufrimiento** y **confianza**. Un personaje anónimo toma la palabra: ¿es quizás el siervo del cap. 49? No lleva ese título, pero se asemeja a él; no se llama profeta pero narra su vocación como la de un profeta: escucha de la palabra, sufrimientos de la misión, confianza en el Señor. El está cada mañana a la escucha. Aparece como un iniciado en el

sufrimiento: ahí están sus espaldas, sus mejillas, su rostro, que recibirán todo tipo de golpes. Pero es fuerte, paciente, sabe encajar. Así se siente capacitado para acercarse a los que sufren y están abatidos, y podrá compartir y decir palabras de aliento.

La imagen de Is 50,4-9 sugiere la de un prisionero que después de haber sido maltratado espera el momento del juicio. Por la mañana muy temprano se ha despertado con la seguridad de que Dios lo ayuda, y de que por ello será capaz de derrotar a sus enemigos. Espera ese momento con alegría, como un momento de triunfo propio y de glorificación de Dios. Le falta, sin embargo, todavía la experiencia final de los tribunales corrompidos, del triunfo de la injusticia, del silencio de Dios.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 22

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere.»

Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos.

Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabado; linaje de Jacob, glorificado; temedlo, linaje e Israel.

Más que ningún otro texto este salmo ha influido en los relatos evangélicos de la pasión.

Con un vivo realismo describe **la situación límite del justo doliente**, cubierto de toda clase de males, físicos y morales, hundido en su espíritu no menos maltratado que su cuerpo. Con voz profética ha ido anunciando los dolores indecibles que arrollarían a aquél que sería más tarde el Salvador de su pueblo.

Es un hombre que está en las últimas y ha gritado la profundidad de su angustia. Millones de hombres están en las últimas, a punto de desesperarse y de su boca salen las mismas expresiones del salmista.

El salmo es siempre actual. Como es actual el sufrimiento de los hombres. Como es actual el grito de quien está roto de cuerpo y espíritu. Por eso el salmo 22 es recitado continuamente en la tierra. No hay que esforzarse mucho para encontrar personas, cercanas y lejanas, que recitan este salmo con un timbre de dolorosa autenticidad.

Al escucharlo de labios de Cristo, el cristiano perseguido aprende la paradoja del **sufrimiento y la gloria** y redobla su confianza rezando este salmo.

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Este es el pasaje central de la carta. Para urgir a los filipenses a que se comporten de manera humilde y servicial, Pablo invoca el ejemplo de Jesús, citando un precioso himno cristológico. Estamos probablemente en presencia de un himno que Pablo aprendió en alguna de las comunidades en las que pasó largos años, y hasta es posible que su origen se remonte a la catequesis primitiva de san Pedro.

Llegado a lo más hondo y oscuro de la condición humana, la exaltación de Jesús es el destino definitivo en la nueva vida del Resucitado, a la que nos abre camino.

EVANGELIO: MARCOS 15,1-39

He elegido la lectura breve que nos propone la liturgia. Pero os sugiero que comencéis desde el cap. 14: el complot para matar a Jesús; la unción en Betania; la traición de Judas; la institución de la Eucaristía; el anuncio de la traición y el abandono de sus discípulos; la oración en el huerto; el arresto de Jesús y el juicio ante el Consejo; las negaciones de Pedro.

LA JUGADA MAESTRA: PASE A PILATO (15,1-5)

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes, con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, se reunieron, y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato.

Pilato le preguntó:

- « ¿Eres tú el rey de los judíos? »

Él respondió:

- «Tú lo dices.»

Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

Pilato le preguntó de nuevo:

- « ¿No contestas nada? Mira cuántos cargos presentan contra ti.»

Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado.

La noche había sido fecunda para los jefes del Sanedrín. Habían apresado a Jesús, habían logrado su condena para cubrir las apariencias, y ahora tenían la jugada maestra para quitar a Jesús de en medio sin tener que enfrentarse al pueblo y, además echar sobre su memoria la ignominia que extirparía definitivamente del pueblo el peligro que representó el movimiento de Jesús. **Sólo tenían que lograr que Pilato lo condenara y lo ejecutara:** ellos no cargarían con la responsabilidad de aquella muerte, y además moriría como maldito de Dios, fuera de la ciudad, en la muerte más ignominiosa, colgado de un madero (*Deuteronomio 21,22-23*) Para eso bastaba que lo convencieran de la peligrosidad que Jesús representaba para el Imperio y para su propio cargo. Los jefes religiosos sabían muy bien que a Pilato podía interesarle tan solo el aspecto político del asunto.

Muy de madrugada prepararon una reunión los sumos sacerdotes, junto con los ancianos, los escribas y todo el Sanedrín, sólo para cuidar las apariencias. Legalmente no valía lo que habían hecho durante la noche. **De día ya era válido el juicio.** Acabaron con aquello rápidamente y, después de amarrar a Jesús se lo llevaron para entregarlo a Pilato.

El verbo *entregar*, nos aclara Schökel, viene cargado de sentido: ya lo utiliza Jesús en los anuncios de su muerte, también cuando se refiera a Judas. Uno de los Doce lo entrega a las autoridades judías; estos representantes de Israel (las doce tribus) lo **“entregan” a la autoridad romana;** Pilato lo entrega para ser crucificado

Pilato era un político duro: más militar que gobernante. Nunca se había distinguido por su sensibilidad hacia el pueblo judío. No habían sido los suyos años de paz, sino de violencia, torturas, ejecuciones sin previo juicio, arbitrariedad. Tampoco se había distinguido como escrupuloso cumplidor de la justicia, sobre todo si se trataba de la muerte de un judío.

Para Pilato los ataques al Templo son siempre un asunto delicado. Quien **amenaza el sistema del templo** está tratando de imponer algún nuevo poder. Las palabras de Jesús contra el templo y su reciente gesto de amenaza pueden socavar el poder sacerdotal, fiel en estos momentos a Roma y pieza clave en el mantenimiento del orden público. Lo que más solía preocupar a los gobernantes eran siempre las reacciones imprevisibles de las muchedumbres. Era verdad que Jesús no tenía seguidores armados, pero su palabra atraía a la gente.

Estos casos había que cortarlos de raíz, antes de que el conflicto adquiriera mayores proporciones.

Lo sucedido aquellos días en una Jerusalén repleta de peregrinos judíos venidos de todo el Imperio, en el explosivo ambiente de las fiestas de Pascua, no augura nada bueno: **Jesús se ha atrevido a desafiar públicamente el sistema del templo** y, al parecer, algunos peregrinos andan aclamándolo en las calles de la ciudad. Está en peligro el orden público: la *pax romana*.

Sólo por eso decidió investigar más el asunto. Mandó que le llevaran a Jesús y le preguntó

directamente: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Jesús le respondió con una frase, que **equivalía a una negativa**: «**Eso lo dices tú, no yo**». Y así lo entendió Pilato; porque si lo hubiera visto como una afirmación, exigiría una sentencia de muerte.

Los sumos sacerdotes seguían gritando sus acusaciones. Pilato volvió a preguntarle a Jesús: «¿No contestas nada a todas esas acusaciones que te hacen? ¿No te vas a defender?».

¿UNA ALTERNATIVA EN FAVOR DE JESÚS? (15, 6-15)

Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre.

Pilato les contestó:

-«¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?»

Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia.

Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

-«¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?»

Ellos gritaron de nuevo:

- «¡Crucifícalo!»

Pilato les dijo:

- «Pues ¿qué mal ha hecho?»

Ellos gritaron más fuerte:

- «¡Crucifícalo!»

Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

A pesar de su dureza, Pilato intuyó que **ese preso era diferente a otros**. No mostraba ningún temor, no se dejaba impresionar; sus respuestas nacían de una profunda libertad, aunque no eran insolentes, como las de otros revoltosos que había juzgado. Y se quedó extrañado.

Parecía claro que el Imperio no tenía nada que temer de aquel hombre. Y pronto encontró la que parecía la solución más fácil para salir de aquel problema y, al mismo tiempo, frustrar los planes de los sacerdotes y escribas. Había la costumbre de que, con motivo de **la Fiesta de Pascua, dejara en libertad un preso, el que pidiera el pueblo**. Ahora Pilato iba a jugar con la gente, dándoles a elegir entre un tal Jesús Barrabás, (que significa hijo del maestro, según unos, hijo del padre, según otros) y Jesús de Nazaret. El primero estaba encarcelado, junto con los sediciosos que habían levantado contra Roma, porque había matado a alguien durante la revuelta que había habido en Jerusalén poco tiempo antes. Aunque no había un movimiento organizado de **zelotas**, sin embargo, surgían revueltas aisladas de **sicarios**, que iban armados con una daga, y también había asaltos de bandoleros, que mantenían un cierto ambiente de inquietud social.

Pilato tal vez pensaba que el pueblo se inclinaría por el Nazareno. Había muchos peregrinos en Jerusalén, entre los cuales había galileos que seguramente abogarían por Jesús. **Él prefería soltar a Jesús que a Barrabás.**

Y preguntó a la gente: «¿A cuál Jesús quieren que les suelte? ¿Al que me han traído como pretendiente del trono de Israel?» Pero los jefes judíos estaban decididos a ganarle la partida y presionarlo para que condenara y ejecutara él a Jesús. Y comenzaron a sugerir a la gente de Jerusalén para que pidieran la libertad de Barrabás. En eso fueron apoyados también por los grupos de rebeldes, que necesitaban más de un hombre definido, como Barrabás, que alguien que no acababa de responder a las expectativas del pueblo y que a ratos les parecía un soñador místico.

Al Procurador romano no le importaba propiamente la libertad de Jesús, sino el oponerse a las presiones de los jefes judíos; entonces dijo: «Pero ¿qué haría entonces con el que ustedes llaman ‘el Rey de los judíos’?» Los jefes judíos estaban a punto de lograr lo que buscaban. Y empezaron a gritar: Crucifícalo. Y la gente se les fue uniendo en un único griterío que dominó la débil protesta de los galileos: **¡Crucifícalo! A un crimen político, un castigo político.**

Todavía intentó Pilato oponerse: «Pero ¿qué ha hecho de malo?» Ya no cabían razonamientos. No era ya posible oponerse con argumentos al griterío del pueblo. Los que apenas unos días antes lo habían aclamado como el Rey que viene de nuestro padre David, ahora lo condenaban a muerte romana como pretendiente al reino judío. **Los que habían concebido una esperanza de liberación, ahora abdicaban de todo sueño de libertad.**

Los simpatizantes tienen miedo y se callan. Sus seguidores más cercanos huyen. El profeta del reino de Dios se queda solo. Las autoridades judías y el prefecto romano se movieron para asegurar el orden y la seguridad. Sin embargo, no es solo una cuestión de política pragmática. En el fondo, Jesús es crucificado porque **su actuación y su mensaje sacuden de raíz ese sistema organizado** al servicio de los más poderosos del Imperio romano y de la religión del templo.

Este episodio de Barrabás, con el que Jesús queda postergado a un criminal, subraya la culpabilidad de las autoridades judías, pero no deja libre de toda culpa al juez romano, que sucumbe ante una multitud versátil y vociferante en aras de su popularidad y sus intereses particulares.

REY DE BURLAS (15, 15-20)

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio - al pretorio- y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

- « ¡Salve, rey de los judíos!»

Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo.

En ese juego de fuerzas habían ganado los **jefes judíos**. Habían ganado a Pilato, desbaratando su inconsistente oposición; habían impedido que los galileos defendieran a Jesús; habían logrado cambiar el apoyo del pueblo en oposición; y habían asegurado la destrucción no sólo de Jesús sino de su movimiento, dándole una muerte política, y arrebatándole de paso la muerte que tal vez él esperaba, como profeta. En adelante nadie se gloriaría de haber seguido a uno que **moriría en esa ignominia, con la muerte de un maldito de Dios**.

Pilato cedió. No se iba a echar encima a la gente ni por mantener su oposición a los jefes judíos ni menos por salvar a un galileo despreciable. Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó a los soldados para que lo crucificaran. **La flagelación es un acto público**. Los soldados lo desnudan totalmente y lo atan a una columna o un soporte apropiado. Para ello se utilizaba un instrumento especial llamado *flagrum*, que tenía un mango corto y estaba hecho con tiras de cuero que terminaba en bolas de plomo, huesos de carnero o trocitos de metal punzante.

Los soldados de Pilato no eran legionarios romanos disciplinados, sino tropas auxiliares reclutadas entre la **población samaritana, siria o nabatea**, pueblos profundamente antijudíos.

Jesús se presenta siempre como alternativa de alguien o de algo. Cuando no se tiene el valor de optar sólo por él, haciendo callar otros ruidos, se actúa de la misma manera que lo hizo Pilato. Se le condena.

El **evangelista Juan** sí que incluye un extenso diálogo de Jesús con Pilato (18,28-38) que oiremos el Viernes Santo.

Sólo el evangelio de **Mateo** menciona las presiones de Claudia Prócula, la mujer de Pilato, para que su marido dejara libre a Jesús (Mateo 27, 19). Reflejan estas presiones el sentimiento religioso del pueblo romano, muy supersticioso y dado a temores sagrados, a la interpretación de los sueños y a los oráculos, sentimientos que contagiaron a Pilato, que también era supersticioso (Juan 19, 8) y que por eso, se lavó las manos después de decidir la sentencia de muerte de Jesús.

No es nada improbable que cayeran en la tentación de burlarse de aquel judío, caído en desgracia y condenado por su prefecto.

Se lo llevaron al patio interior de la Torre Antonia, fortaleza adosada a la muralla norte de Jerusalén, prácticamente fuera de la ciudad santa. Llamaron a toda la guardia al pretorio, el patio que daba fuera, por donde entraba la caballería. Le pusieron como **vestido una vieja y sucia túnica de color púrpura**, trenzaron unas varas de un arbusto espinoso con las que hicieron una corona y se la encajaron en la cabeza, y empezaron a fingir un saludo real: « ¡Viva para siempre al rey de los judíos!»). Y con una caña, que le ponían y quitaban de entre las manos, a manera de cetro de burlas, le golpeaban en la cabeza; le hacían reverencias entre carcajadas, y luego lo escupían en la cara. Una vez que se cansaron de tanta burla, cuando aquello dejó de divertirles, le quitaron la púrpura, abriéndole de nuevo la llaga que había en la espalda por los azotes, le pusieron de nuevo sus ropas y lo sacaron para crucificarle. Era todavía temprano.

La diferencia entre las burlas proferidas por judíos y romanos consiste en que los primeros se burlan de Jesús como profeta y los segundos, de Jesús como rey. **Al final de las burlas, Jesús queda convertido en el «Siervo sufriente»** que se prepara para iniciar el camino de la cruz.

CAMINO DE CRUZ (15, 21-24)

Llevaron a Jesús al Gólgota y lo crucificaron.
Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz.
Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno.

Salieron de la Torre Antonia, por el camino que bordeaba la muralla. El **monte Gólgota**, (que quiere decir lugar de la Calavera), un promontorio de apenas unos diez metros de altura, no quedaba a más de un kilómetro de distancia. Allí lo iban a crucificar. Pero siempre hacían con los condenados a muerte un recorrido por algunas de las calles principales, para escarmiento de la gente y, en este caso, para desalentar cualquier intención de alzamiento. Le cargaron el pesado tronco que serviría de travesaño, pero los azotes y la pérdida de sangre lo habían debilitado mucho; después de varios tropiezos y caídas, los soldados temieron que se les muriera antes de llegar a la cruz, lo cual frustraría los planes. Iba pasando un hombre, un tal **Simón, originario de Cirene**, que regresaba del campo para prepararse a la festividad de aquella tarde, y lo obligaron a cargar el tronco de la cruz hasta el Calvario. Aquel hombre era padre de **Alejandro y de Rufo**, que destacaron mucho entre los primeros cristianos por su servicio a la comunidad. Y así queda convertido en modelo de discípulo para los lectores cristianos. Nada importa que se viera obligado a hacer lo que hizo. **El es el primero que sigue a Jesús llevando su cruz.**

La crucifixión propiamente dicha no viene descrita. El evangelista, con el mayor laconismo en estos momentos en que el dolor alcanza el grado máximo de intensidad, renuncia por completo a suscitar cualquier tipo de sentimentalismo.

Por fin entre las apreturas de la gente curiosa que llenaba las estrechas calles de la ciudad llegaron al Gólgota. Hasta el último momento Jesús sufría el

asedio de la multitud. Y sufría todo aquello en la más total soledad.

«*En ti confiaban nuestros padres; confiaban y los ponías a salvo. A ti gritaban y quedaban libres, confiaban y los ponías a salvo. Pero yo... yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo*», repetía Jesús, diciendo al Padre su desconcierto.

Sólo mucho después los cristianos comprendieron que aquello tenía un sentido, **a la luz de lo que vivieron otros hombres de fe: los profetas, los salmistas**. Pero de pronto aquello resultaba simplemente incomprensible, escandaloso. Incluso los mismos textos que después los iluminaron, entonces parecían condenarlo.

Le dieron un **vino amargo, mezclado con mirra**. El vino drogado con mirra era una bebida que, según la costumbre judía, se daba a los condenados a muerte para embotar su sensibilidad y aliviar así el sufrimiento. Jesús lo rechaza: quiere llegar a su muerte con plena conciencia de su misión; él da su vida voluntariamente y con plena lucidez (10,45; 14,22-24)

«*Espero compasión y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida echaron veneno amargo, para mi sed me dieron vinagre*», rezaba el **salmo 69**.

Y lo crucificaron y se repartieron sus vestidos, echando a ver qué se llevaba cada uno. «*Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, se sorteán mi túnica*», se había escrito en el **salmo 22**. Este salmo del justo perseguido va a inspirar varias escenas.

AMENAZA PARA LA SEGURIDAD NACIONAL (15, 25-32)

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos.» Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: «Lo consideraron como un malhechor.»
Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:
-« ¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.»
Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo:
- «A otros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.»
También los que estaban crucificados con él lo insultaban.

Cuando lo crucificaron eran como **las nueve de la mañana**. Arriba de la cruz habían puesto un letrero en el que decía la causa de su condena: «*El rey de los judíos*». Y para dar más fuerza a la condena, adelantaron la muerte de dos bandoleros, y lo crucifica-

ron en medio para resaltar la peligrosidad de Jesús, como jefe de subversivos.

Los jefes judíos miraban aquello triunfantes. Habían logrado todo lo que pretendieron: condenar a Jesús como un enemigo de Roma y desautorizar toda su causa al llevarlo a morir como un maldito de Dios,

como decía la Ley: *«Maldito el que muere colgado en un leño»*. (Dt 21, 23).

Y siguieron las burlas. Las horas que Jesús cuelga de la cruz están marcadas, más que por dolores físicos, por los insultos y las burlas de los hombres, que convierten al crucificado una vez más en el “justo” de Israel. Los protagonistas son ahora todos los presentes: transeúntes, jefes de los sacerdotes, maestros de la ley e incluso los crucificados con él. Todos se sienten con derecho a ultrajarlo. Es el momento de su mayor soledad, del aislamiento total y de la incompreensión más radical.

Las burlas se hacen eco de los cargos que se le imputaban en los procesos, pero se centran en el *¡sálvate a ti mismo, bajando de la cruz!* Tales burlas parecen suponer la disposición a creer por parte de los presentes ante un gesto espectacular que demostraría de modo inequívoco las pretensiones divinas de Jesús.

Es una suposición ilusoria (véase Mc 8,11-13). Lo que en realidad se deja entrever es el escándalo que en ellos provocaba, igual que en los discípulos, la realidad de la cruz. Sólo un Mesías sin cruz podía ser creíble.

Los que habían sido crucificados con él también lo insultaban, achacándole la culpa de ese tormento mortal en que estaban. *Bandidos* era en aquella época la denominación de los rebeldes nacionalistas que se oponían con violencia al imperio romano: era la intención de las autoridades judías que Jesús apareciese condenado por este motivo, aunque sabían muy bien que no había usado violencia.

Y allá, en el fondo de la conciencia, le resonaban a Jesús las palabras del salmo: *«Me ven y se burlan de mí, hacen gestos, menean la cabeza: ‘Acudió al Señor, que lo ponga a salvo, que lo libre, si tanto lo quiere»*.

COMO SI TODA LA LUZ DEL MUNDO SE HUBIERA ACABADO (15, 33-36)

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente:

-«Eloí, Eloí, lamá sabaktaní.»

Que significa:

-«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

- «Mira, está llamando a Elías.»

Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo:

- «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.»

Llegó el mediodía y con él cayó la oscuridad por toda la tierra hasta las tres de la tarde. Pareciera el fin del mundo. Jesús sacó de su pecho fuerzas para dar un grito desgarrador. En su lengua materna, el arameo, gritó: «Eloí, Eloí, ¿lamá sabactaní? » Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste? No reclamaba; en aquella pregunta sólo manifestaba que no comprendía por qué no había podido ser de otra manera, por qué no se había hecho presente como su salvador. No le llamó Abbá, como era su costumbre. Jesús estaba apurando hasta las últimas gotas el cáliz de lo que significa ser hombre y, desde la experiencia de su limitación se dirigía a él asumiendo la distancia que había entre la creatura y el creador; y aceptando que no le competía conocer la razón de todo aquello, en medio de aquel tormento le llamó «Mi Dios». Se mantenía en oración a pesar de que

la pregunta no tuviera más respuesta que el silencio del Padre.

La tentación incita a esperar que Dios actúe desde fuera de la historia, una vez que ha dado al hombre la responsabilidad de ésta; con Jesús Dios se ha implicado en la historia con todas sus consecuencias; y en ella es y actúa con amor sin límite, amor potente pero al mismo tiempo débil, por estar a merced de la respuesta humana.

Verlo en aquel tormento era insoportable.

Uno de los presentes, al oír aquellas palabras, corrió a ofrecerle algo de vinagre en una esponja clavada en una lanza, para aliviarle la sed. Había confundido las palabras de Jesús pensando que estaba invocando al profeta Elías, y decía: « ¡Vamos a ver si aguanta un poco, y veamos si viene Elías a descolgarle!».

NADA MÁS UN ÚLTIMO GRITO... (15, 37-39)

Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

-«Realmente este hombre era Hijo de Dios.»

Pero Jesús había llegado al límite extremo, de donde no hay ya retorno y, lanzando un fuerte grito sin palabras, murió.

Aquel grito quedó resonando en el corazón de todos los que lo siguieron. Y en ese preciso momento en el que parecían haber triunfado los jefes judíos, desgarrando la vida de Jesús, destrozando las esperanzas de sus seguidores, arrancando de raíz toda posibilidad de proseguir su causa, con el Templo sucedió algo parecido: el enorme Velo de pelo de camello, que aislaba a Dios en el interior del santuario, (el Santo de los santos), se rasgó de arriba abajo. Dios abandonaba el Santuario; no podía seguir en el centro de aquel sistema que excluía a sus hijos y mataba a su Hijo. Allí ya no había vida.

Así, la muerte de Jesús fue su triunfo, porque quedaba al descubierto la maldad de los piadosos que dan más importancia a las leyes que al hombre y que, para defender supuestamente los derechos de Dios violan los derechos del hombre. Pero además, muriendo Jesús fuera de la ciudad, había consagrado los márgenes (la “periferias”) como el lugar de Dios. Y el Centro había quedado desenmascarado como el lugar donde Dios mismo (en su Hijo) era amenazado de muerte.

Nunca más tendría ya sentido hablar de distancia entre lo sagrado y lo profano; se acababa la barrera que la ley de la pureza ponía entre Dios y los hombres; nunca más volvería a estar Dios allí, encerrado y separado de su pueblo; y el sacerdocio concebido a la manera judía dejaba de tener validez. El Templo mismo, construido como lugar de selectos, como receptáculo de la santidad de Dios, ahora perdía definitivamente su razón de existir.

Y el capitán romano, al ver aquello, y cómo había muerto dando aquel grito, dijo: «En verdad que este hombre era hijo de Dios. Haber sufrido lo que sufrió, experimentar su abandono, y todavía mantenerse en diálogo con su Dios... sólo puede hacerlo quien de verdad sea su Hijo».

REFLEXION

“Es difícil imaginar un símbolo más cargado de esperanza que esa cruz plantada por los cristianos en todas partes: «memoria» conmovedora de un Dios crucificado y recuerdo permanente de su identificación con todos los inocentes que sufren de manera injusta en nuestro mundo.

Esa cruz, levantada entre nuestras cruces, nos recuerda que Dios sufre con nosotros. No sabemos explicarnos la raíz última de tanto mal. Y, aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. Sólo sabemos que Dios sufre con nosotros y esto lo cambia todo.

Pero los símbolos más sublimes pueden quedar pervertidos si no sabemos redescubrir una y otra vez su verdadero contenido. ¿Qué significa la imagen del Crucificado, tan presente entre nosotros,

si no sabemos ver marcados en su rostro el sufrimiento, la soledad, el dolor, la tortura y desolación de tantos hijos e hijas de Dios?

¿Qué sentido tiene llevar una cruz sobre nuestro pecho, si no sabemos cargar con la más pequeña cruz de tantas personas que sufren junto a nosotros? ¿Qué significan nuestros besos al Crucificado, si no despiertan en nosotros el cariño, la acogida y el acercamiento a quienes viven crucificados?

El Crucificado desenmascara como nadie nuestras mentiras y cobardías. Desde el silencio de la cruz, él es el juez más firme y manso del aburguesamiento de nuestra fe, de nuestra acomodación al bienestar y nuestra indiferencia ante los crucificados. Para adorar el misterio de un «Dios crucificado», no basta celebrar la semana santa; es necesario, además, acercarnos un poco más a los crucificados, semana tras semana.” (Pagola)



Hoy las **preguntas** y también las **respuestas** las tengo que hacer yo mismo. Saldrán de la contemplación del crucificado, saldrán de mi compromiso con los crucificados que me rodean, saldrán de mi oración sincera. Ante esta contemplación doble pediré ayuda al Espíritu y a los hermanos.

(Cfr. **Carlos Bravo**. Galilea año 30. E. El Almendro. Córdoba 1990. **Juan Mateos y Fernando Camacho**. Marcos, texto y comentario. E. el Almendro. Córdoba 1994. Comentario al NT. **Casa de la Biblia**. 1995. **José A. Pagola**, Jesús. Cap. 13)

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>